

La Vida Pintoresca y Fecunda del P. Martín Odriozola, S. J.

Sobre la muerte del P. Odriozola, el día 26 de Agosto, a la 1 a. m.; sobre la manifestación popular de su sepelio, hemos hablado largamente en la Página Católica de "El Universal". Ofrecemos aquí un perfil psicológico con notas íntimas y recuerdos personales.

HA MUERTO EL P. MARTIN ODRIOZOLA. Y su muerte ha provocado más lágrimas, más comentarios callejeros, más telegramas de duelo, más columnas de la prensa que el fallecimiento de un Ministro o la desaparición de una figura próspera de las letras. Sus amigos se han vengado de aquel silencio forzado con que habían de admirar sus obras, sin derecho a comentarlas en público, porque al P. Odriozola la publicidad le ponía bravo. ¿Qué tenía aquel hombre de Dios, que después de casi un mes de su fallecimiento, el solo recuerdo de su nombre conmueve y arranca lágrimas a los que trabajaron a su lado?

FUE UNA ALEACION FELIZ DE HOMBRE Y DE NIÑO. Muy hombre en sus criterios, fijos, fundamentales y sólidos, en la férrea constancia de las obras emprendidas, en las virtudes radicales y básicas, que orientaban y daban fuerza a su apostolado. Muy niño, en sus gustos simples y en sus alegrías fáciles, en sus preguntas y en sus respuestas, en su curiosidad, en sus cariños. Y en esa mezcla extraña de hombre y de niño estriba el secreto de aquella afección y entrega total de sus colaboradores: respetaban y obedecían al hombre, aureolado con una vida de abnegación heroica; pero, al mismo tiempo, se sentían maternalmente protectores de aquel "niño grande".

—Padre, los niños le engañan, me decía una de ellas al preparar uno de los famosos desayunos de la Escuela Comedor, porque él es el más niño de todos.

Le gustaba el cine y en el cine las películas de muñecos y bandidos. Le sabía sabroso el arroz con leche, porque en sus días de Kindergarten en San Sebastián la Señorita Josefina, el día de su santo, en vez de clase les daba arroz con leche.

Una de sus aficiones era el rapé. De sus labios escuchamos varias veces el diálogo que sostuvo con su Provincial, el P. Bianchi, cuando le pidió permiso para tomar rapé.

—Padre, quiero que me de permiso para tomar rapé.

—¿Es que lo necesita?

—No; pero me pone alegre.

—Está bien. No le alabo el gusto, pero puede Ud. tomarlo.

LA ESPONTANEIDAD fué su virtud fundamental y característica. Virtud que lo singularizó desde la cuna al sepulcro. Odiaba las mentiras oficiales y la hipocresía. Muchas veces pareció descortés porque su espontaneidad radical lo llevaba a la supresión, también radical, de los convencionalismos. Amaba el camino recto e inmediato que conducía al fin. Si necesitaba un autobús para una excursión escolar de las niñas de su escuela, o materiales para una construcción, se presentaba directamente en el Ministerio, con su inseparable maletín en la mano, y formulaba simplemente ante la suprema autoridad del ramo: "Necesito tal cosa". Y su brusca sinceridad pulverizaba todas las dificultades oficinescas. ¿Quién se resistía a aquel hombre? Pero la brusquedad de la petición quedaba suavizada con aquella verdad total que se traslucía en la breve fórmula de agradecimiento. "Bueno, hombre, bueno. Muchas gracias".

La fórmula más sincera y recta a flor de labio. A sus comprofesores que curioseaban un objeto o un perlódico expresaba simplemente: "Tráigame eso; yo quiero ver eso", y amaba que le respondieran en el mismo tono: "Espérese Ud. a que lo vea". Relata con fruición las anécdotas de todos colores, en que a las cosas se les llamara con su nombre, sin eufemismos. Y con igual despreocupación y claridad contaba los muchos episodios graciosos que le ocurrían de continuo.

YO SERE UN HOMBRE. Para el vasco, la suprema virtud es ser un hombre. El último consejo de un abuelo es: "Vamos a ver, querido, si llegas a ser un hombre". Ser hombre: valerse por sí, tener alma para luchar, para sufrir, para vencer. Hombre en un sentido espiritual, amplio y viril, propio de la raza.

Martín era un niño inquieto y espontáneo. Un día, por la apuesta de una estampilla (sello de carta), entró en el mar con su traje azul, recién estrenado, hasta que el agua le tocó a los labios en la serena playa de la Concha. Se adivina la tragedia de su traje azul y los comentarios de su casa. Otro día corría en la azotea de un coche, cuando vió llegar en sentido contrario otro que avanzaba a toda velocidad. Se le ocurrió saltar de coche a coche y lo hizo inmediatamente sin reparar en peligros. A los pocos instantes lo llevaron mal herido a su casa. Cuando al poco tiempo apareció su padre, aquel hombre taciturno y severo, que nunca puso sus manos en el inquieto Martín, frunció el ceño, lo miró despectivamente y le dijo: "Nunca llegarás a ser un hombre". Aquella frase, que pesaba más que todos los castigos, dejó herida el alma de Martín, que repetía llorando entre las sábanas: "Yo llegaré a ser un hombre".

Y ¡lo fué! Y su padre, perspicaz conocedor de los hombres y de los negocios, que nunca creyó en la verdad íntima de aquella recriminación, supo de su hijo, ausente en América, que era un palo de hombre, como dicen los caraqueños. Y doblando cuidadosamente las cartas del hijo jesuíta caminaba por la desierta orilla del mar para mirar largamente los garabatos despreocupados e inverosímiles de Martín, indescifrables para su cansada vista de anciano. De él aprendió el P. Odriozola aquella frase suya tan familiar: **Hablar menos, y hacer más.**

BONDAD DE ALMA. Amaba sobre todas las cosas la bondad del alma, poco palabre-
ra, pero ejecutiva y generosa. Guardó durante su vida un recuerdo emocionado de su Padre Maestro de Novicios, en santo P. Ipiña. "Era de los hombres que a mí me gustan, decía. Amaba la realidad, no las formas externas". Y repetía la pintoresca anécdota de su mes de Ejercicios Espirituales. Uno de los días se decidió que los ejercitantes hicieran la meditación de media noche tal como se propone en el librito de los Ejercicios. Todos se levantaron. Pero la inusitada prueba desconcertó de tal manera a Martín, que se sintió mal y se volvió a la cama. Tenía un sueño de joven en la plenitud de su desarrollo físico.

A la mañana siguiente, a primera hora, se presentó ante el P. Ipiña, a quien su genio espontáneo complacía sinceramente.

—¿Qué le pasa?

—Padre, que ayer por la noche no pude hacer la meditación de las doce.

—Pues, ¿qué le pasó?

—Me sentí muy enfermo y me volví a la cama.

El buen anciano, lleno de experiencia y bondad, se sonrió y le dijo:

—Muy bien hecho. Y no se le ocurra levantarse más en todos los Ejercicios.

En el trato con sus colaboradores, con sus discípulos, fué poco amigo de palabras dulces y muy capaz de excelentes obras. Su aspereza era totalmente externa. De ella dije en otra ocasión lo que el Pbro. Luis E. Henríquez escribió de San Ignacio: "Tú eres como las nueces: tras la corteza dura, está la suavidad del corazón".

La aspereza con sus colaboradores más íntimos tenía además otra razón de ser. No quería que hicieran el bien por afecto a su persona, sino por puro amor de Dios. Sabemos, por confesión suya, que todos los días pedía a Dios en la Santa Misa que le diera un corazón más grande que el mundo y más duro que el diamante y un poco de oído para cantar, o quien pudiera cantar por él.

EL JUGLAR DE DIOS. Hay facetas del alma del P. Odriozola, que sólo pudimos conocer sus hermanos en religión y sus colegas en el profesorado. Tal era por ejemplo su humildad sincerísima. Aceptaba con naturalidad y regocijo toda clase de bromas o de chanzas; y él mismo narraba, para solaz de todos, sus cotidianas y pintorescas distracciones. De ellas pudiera escogerse una divertida antología.

Varias veces salió de casa con bonete, pasó con él por la Plaza Bolívar y los autobuses, con admiración de todos los transeúntes y sólo cuando llegaba a la Cañada de la

Iglesia, los niños—sus amigos y émulo en la sinceridad—le comentaban la novedad del sombrero.

Todos los días le entregaban en Santa Rosalía, envuelto en un papel, el estipendio de la Misa y un realito para el autobús. Cuando subía al carro desenvolvía el papel, entregaba el real al colector, metía el fuerte en el bolsillo y arrojaba el papel por la ventanilla. Un día, abstraído en su pensamiento, botó por el ventanillo el fuerte y se guardó en el bolsillo el papel que lo envolvía. Inmediatamente advirtió con sorpresa que el carro se detenía y a poco llegaba sonriente el colector entregándole un fuerte. Sólo entonces se dió cuenta de la distracción.

Los choferes remitían al Seminario todo breviario o paraguas que se encontrara en los autobuses. Casi siempre resultaba que era del P. Odriozola.

Los niños y hasta los animales tenían con él confianzas inusitadas. Un día llevó a visitar las obras de Cristo Rey a Monseñor Castillo, entonces Obispo de Coro. Era en los días de la construcción del templo. Cuando el Prelado llegó al Presbiterio encontró con sorpresa que en el sillón donde había de sentarse había un huevo. "Sí, le explicó el P. Odriozola. Es la gallina del sacristán que pone aquí o en el púlpito". La **hermana gallina** temía poco al P. Odriozola.

La despreocupación por el vestido llegaba a extremos inverosímiles. Zapatos, sotana, balandrán y sombrero que agarraba, no los volvía a dejar hasta que se le imponía el Hermano Roperero. Cuando estrenaba una nueva prenda se hacía felicitar de toda la comunidad y hasta de las maestras y de los niños de la escuela.

El mismo dejó escrita esta anécdota en carta al P. Vicente Leza: "En Maracaibo las religiosas (de Santa Ana) se deshicieron en agasajos. Como vienes que tanto el paraguas como la sotana estaban ya un poco vilipendiados, me regalaron un paraguas, y la Superiora, la Madre Miguela (así se llamaba en su pueblo de Aragón, al entrar en la orden la obligaron a llamarse Micaela), la Madre Miguela, digo, me obligó a aceptar 7 metros de merino que acababa de comprar para un hábito suyo; así que hace poco, cuando estrené la nueva sotana en Caracas, la comunidad celebró **mi toma de hábito**".

Como ésta, pudieran escogerse centenares de anécdotas en sus viajes apostólicos. Un día en Sanchorquiz, en las alturas del Avila, se encontró que había olvidado, entre los ornamentos de la misa de campaña, el alba. ¿Qué hacer? Había dos manteles de altar; llamó a las catequistas, que lo habían acompañado y en pocos minutos le improvisaron un alba de un mantel.

Y al recontar estas aventuras gozaba en el regocijo de sus hermanos. Era el juglar de Dios. Y mientras tanto, sin hacer llorar a nadie y haciendo reír a todos, pasaba el apóstol de Cristo **haciendo el bien, sin mirar a quién**, sin predilecciones ni preferencias. Retenía con dificultades las fisonomías y los nombres. Le interesaban sólo las almas. A todos los seminaristas les llamaba; **Hermano**; a todas las niñas: **Rosita**; y a todos los niños: **Pepito**. Y cuando se sentaba a desayunar en Cristo Rey le rodeaban ansiosos los rapaces porque aquel Padre, repartía entre ellos todo el desayuno: "Toma, Pepito; toma Rosita". Y los centenares de Pepitos y Rositas, que lo conocieron en tantos barrios y catecismos, lo lloraban a lágrima viva, cuando Dios lo arrebató inesperadamente para llevarlo a gozar los méritos de su fecunda vida.

VIDA FECUNDA. EL PADRE DE LOS POBRES. Una de las máximas fundamentales del P. Odriozola fué: **¡Hacer! ¡Realizar!**

Cuántas veces le oímos decir al comentar los bellos editoriales y artículos de los periódicos: "¡Qué bellamente hablan estas gentes, y cómo ponen el dedo en la llaga! Pero no basta escribir bien... Hay que hacer. ¡Hacer!..."

Y se reía con su risa franca y espontánea, cada vez que tropezaba con uno de los tantos apígrafos de nuestra prensa, que comienza con **URGE**... "Ya lo creo que urge... Pero no basta decirlo... Hay que hacerlo. Hacer...!!!"

Y él, cada día, con férrea constancia, silenciosamente, cogía su maletín, lleno de dones desconocidos, y partía a los barrios abandonados a **HACER**. Y caminaba todo el día bajo el sol y el polvo, y la lluvia, sobre el barro y el lodo, consolando enfermos, disponiendo el arreglo de hogares rotos, repartiendo con su mano pródiga, con su mano bendita a los indigentes de toda clase la limosna que recibía de las manos de los ricos. Cuando tornaba al seminario, el barro de sus zapatos dejaba una estela que delataba su paso desde la portería hasta su cuarto. **BEATI PEDES EVANGELIZANTIUM PACEM**; Benditos los pies de los que evangelizan la paz!

¡Predicar la paz! Hacer el bien. Hacer... Nunca se alzó ante el pedestal de Bolívar a predicar sobre la irritante miseria del pueblo. Y él sí la conocía... Nunca lanzó a las ma-

ños a la lucha de clases, a la revolución anárquica; nunca arrojó a los incautos contra las balas y las bayonetas de los agentes de la autoridad. Predicaba la paz. Y... hacía.

Nunca escribió en la prensa: "URGE instruir al pueblo..." Pero construía escuelas pagaba maestros y llenaba con la alegría de su presencia las excursiones campestres y las colonias escolares.

Nunca escribió en la prensa: "Urge la educación del pueblo..." Pero bajaba cada día a los barrancos o subía los cerros empinados para dar la instrucción moral — básica y única eficaz — de la doctrina cristiana a millares de hijos del pueblo.

Construía templos, restauraba capillas; al acercarse las poéticas fiestas de Navidad conmovía todos los vecindarios con la labor colectiva que suponían las complicadas y pintorescas armazones de sus famosos Nacimientos; y regocijaba millares de personas con la fastuosa fiesta de la Entrada de los Reyes Magos de carne y hueso, que llegaban cabalgando pomposamente por el centro de la Cañada, a adorar a la Sagrada Familia, también de carne y hueso, que los aguardaban a la puerta del Santuario de Cristo Rey.

"Hablar menos y hacer más", predicaba a sus colaboradores: "Hacer... Realizar..."

CONSTANCIA. Queremos sellar con esta característica el perfil espiritual del P. Odriozola. Había algo heredado y racial en su férrea constancia. En cuarenta años de ausencia la hija de su nodriza campesina, su hermana de leche Petra, le escribió con firmeza infalible dos cartas por año. Cartas ingenuas y cariñosas, muchas de ellas en verso y en lengua vasca. ¡Con qué regocijo recibía y comentaba estas cartas el P. Martín!

Nunca, en veinte años, mientras estuvo en Caracas dejó de ir por la mañana a decir la misa en Santa Rosalía.

Nunca en un cuarto de siglo de profesorado, perdió una sola clase de los que debía explicar.

Su constancia hizo sólidas y duraderas todas las empresas de Monte Piedad, Cañada de la Iglesia, Los Flores y Manicomio; la Sociedad Santificadora del Hogar; su confesionario de Santa Rosalía.

Por eso su muerte no cerrará la historia de sus obras. Continuarán en vida, porque su espíritu vive en sus colaboradores y discípulos.

Por eso es también duradero y persistente el duelo por su muerte. No fué solamente la explosión de dolor que trajo centenares de personas hasta su féretro en el Seminario Interdiocesano el día 26 de Agosto; ni la violencia casi revolucionaria con que los obreros se empeñaron en llevarlo en hombros los siete kilómetros que los separaba del Cementerio; ni el grito colectivo de dolor cuando sonaron las primeras paladas de tierra sobre su féretro.

Por semanas enteras los barrios del Manicomio y Los Flores, la Cañada de la Iglesia y el cerro de Monte Piedad, teatro reciente de aquel milagro de abnegación y sacrificio, se han vestido de luto.

No se escucha una radio.

El Presidente de una Cofradía se negó a hacer volar unos cohetes en la fiesta anual de su Santo Patrono aunque ello le costara el ser fulminantemente destituido.

Los niños reclaman el catecismo.

Las personas mayores, al verse juntas en la Iglesia, lloran.

Las maestras de la Escuela comedor, muchos niños y familias enteras han vestido de riguroso luto.

Los empleados del Cementerio del Sur nos han dicho conmovidos: "Todo regalo de lágrimas está ese sepulcro".

La figura de aquel apóstol, sinceramente modesto y humilde, se ha agigantado con su muerte inesperada, y la historia de sus ocultas hazañas caritativas corre de boca en boca.

Fué un hombre, muy hombre; fué un niño, muy niño; fué sincero, fué humilde; fué humano; fué constante; fué el padre de los pobres; fué amado de Dios y de los hombres. Dios lo llevó del mismo campo de combate, a la paz eterna.

Hermano: pues te fuiste, sin decir apenas Adios, con tu eterna descortesía, danos tu celo, tu constancia, tu espontaneidad, tu amor a la verdad, tu amor a los padres.

M. A. E.